

# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

GABRIEL CELAYA

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MCMXCIV

2 400 40



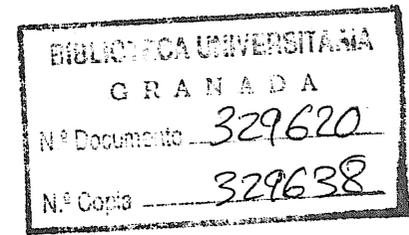
MADE IN SPAIN

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

GABRIEL CELAYA

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MCMXCIV



# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

GABRIEL CELAYA



UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MCMXCIV

DISCURSO PRONUNCIADO  
POR EL DOCTOR DON ANTONIO CHICHARRO  
CHAMORRO  
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DEL DOCTOR DON  
GABRIEL CELAYA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

DISCURSOS ACTO DE INVESTIDURA DOCTOR "HONORIS  
CAUSA". Depósito legal: GR/269-1994.  
Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de  
Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Excmo. Sr. Rector Magnífico  
Ilmos. Srs. Vicerrectores y Decanos  
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada  
Excmas. e Ilmas. Autoridades  
Señoras y Señores:

I

Permítaseme que comience esta *laudatio* manifestando en tan solemne ocasión académica parte de mis más íntimos sentimientos y contando un recuerdo muy personal. Me embarga una contradictoria sensación de alegría y tristeza profundas, una sensación de plenitud y vacío. Me hubiera gustado que las palabras que voy a pronunciar hubieran sido escuchadas, eso sí, no sin rubor y con oculto deseo por su parte de que acabasen pronto, por Gabriel Celaya. Pero no ha podido ser. El viejo poeta descansa en las verdes campos de Hernani, perdido entre la fresca hierba y fundido en las húmedas materias primeras que alimentan las raíces, aunque viva en nuestra memoria y siga alimentando el río de nuestra cultura literaria y de nuestra historia. Por lo que respecta al recuerdo del que quiero hacerles partícipes a todos ustedes es el de la última vez que hablé con nuestro poeta. Fue en el

verano de 1990, en San Sebastián, con los movimientos elementales del mar Cantábrico como horizonte. En aquella ocasión, le anuncié a Celaya la intención que la Universidad de Granada tenía de nombrarlo doctor *honoris causa*. Me miró con sus claros y brillantes ojos azules al tiempo que me decía: «Sois muy generosos conmigo. Si mejoro, iré a Granada». Después seguimos hablando de la vida y de la poesía. Pero, desgraciadamente, no mejoró su salud.

Esta circunstancia convierte el acto de hoy en una sesión sin igual en la larga y fructífera vida de la Universidad de Granada. Por eso quiero manifestar aquí también mis sentimientos, en especial mis sentimientos de gratitud y orgullo. Me siento agradecido a mi Universidad y me siento orgulloso de pertenecer a su claustro de profesores porque ha sabido ser agradecida más allá de la muerte, llevando a buen puerto un expediente iniciado años antes, expediente que tal vez otras instituciones hubieran archivado. Al proceder de este modo, la Universidad de Granada se ha pronunciado rotundamente por la vida, por la vida literaria, sabiendo ver que Gabriel Celaya *sólo* murió físicamente en la primavera de 1991 y reconociéndolo vivo en nuestra memoria histórica y en nuestra cultura literaria. Por eso, el acto de hoy está muy lejos de ser un acto necrofilico. Es, por el contrario, una apuesta por la vida. Voy a dejar, pues, de hablar de la muerte en este preciso instante.

## II

Durante el curso 1989/1990, el Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura propuso por acuerdo

unánime de sus miembros que el poeta y crítico literario Gabriel Celaya fuera nombrado doctor *honoris causa* de esta Universidad por el área de Teoría de la Literatura. A esta propuesta se sumaron generosamente los Departamentos de Filología Española y Filologías Románicas: Italiana, Gallego-Portuguesa y Catalana, así como la Junta de Centro de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las razones que justificaron tal petición fueron en síntesis las siguientes: Gabriel Celaya representa una de las concreciones más importantes del pensamiento literario español contemporáneo, ya que sobresaliente, y verdaderamente insoslayable, resulta su obra poética, que se extiende por cerca de seis décadas de nuestra más reciente historia literaria y abarca en sí misma los caminos más diversos y fecundamente contradictorios de la poesía española, no menos sobresaliente es su labor de teoría y crítica literaria, estrechamente vinculada a la primera actividad, tal como puede comprobarse en su abundante bibliografía y tal como se ha puesto de relieve por los estudios realizados al respecto por miembros de esta misma Universidad.

A esta fundamental razón se le añadió la de la oportunidad que se brindaba a la Universidad de Granada de ser la primera universidad en reconocer, a través de este doctorado honorífico, la importancia intelectual del escritor vasco, previamente avalada por los premios nacionales e internacionales siguientes: Premio «Lyceum Club Femenino» (1936), Premio de la Crítica (1957, en su primera convocatoria), Premio Atalaya de Poesía (1963), Premio Libera Stampa (1963), Premio Internacional Etna-Taormina (1969)

y Premio Nacional de las Letras Españolas (1986), entre otras distinciones. No cabía la menor duda de que la Universidad tanto honraba al poeta como se honraba a sí misma.

Por otra parte, con esta distinción se venía a cumplir una importante función de solidaridad institucional con el poeta y crítico en tiempos de enfermedad, saldándose además por nuestra parte la deuda contraída con quien dio su poesía y teoría literaria, por no decir su misma casa, por una España de progreso y de libertad, constituyendo ésta la dimensión política, en su más noble sentido, de tal nombramiento.

### III

Gabriel Celaya nació el 18 de marzo de 1911 en Hernani (Guipúzcoa). Realizó estudios de Ingeniería Industrial en la Universidad de Madrid, aunque orientó su más importante actividad por la creación literaria. En ello tuvieron mucho que ver los años pasados en la Residencia de Estudiantes, donde entabló amistad con escritores como García Lorca, Pablo Neruda, etc. y vivió directamente el ambiente de modernidad allí reinante. Por este tiempo comienza a escribir sus primeros libros de poesía, de profundas resonancias surrealistas, tales como : *Marea del silencio*, publicado en 1935, *La soledad cerrada*, premiado en 1936, aunque publicado después de la guerra civil, y *Poemas de Rafael Múgica*, dado a conocer mucho más tarde, en 1967.

Tras un período de exilio interior en los primeros años de posguerra, publica en 1946 su libro *Tentativas* y en 1947

funda una editorial que nutre con publicaciones de Cela, Crémer, Bleiberg, Ricardo Molina, Leopoldo de Luis, etc., con traducciones de Rilke, Rimbaud, Blake, Eluard, Lanza del Vasto, Sereni, Mario Luzi, etc. y con sus propios libros poéticos: *Movimientos elementales*, *Tranquilamente hablando*, éste el primero de tono existencialista, entre otros. Por este tiempo comienza a colaborar con la prensa publicando artículos de crítica literaria. No son tiempos de juegos poéticos ni críticos, sino de defensa del hombre, actitud que provoca libros como *Avisos de Juan de Leceta*, *Las cosas como son* y trabajos teóricos de la importancia de *El Arte como lenguaje*, una lúcida reflexión sobre el arte como comunicación efectuada desde el humanismo existencialista. Esta base ideológica es la que provoca sus reflexiones literarias como manera de no dar por inefable nada de la creación poética, sentando las bases de su carácter de producción material concreta en un existir concreto.

En los años cincuenta profundiza en sus concepciones poéticas, considerando estrechamente unidas poesía y vida no sólo como actitud básica, sino también como tema y objeto de su quehacer poético y crítico literario. Así lo ponen de manifiesto libros como *Lo demás es silencio* (1952), *Paz y concierto* (1953), *Cantos iberos* (1955), entre otros, y numerosos artículos y prólogos luego recogidos en la primera edición de su libro *Poesía y verdad*. Por estos años asimismo colabora con las más importantes revistas españolas del momento y con revistas y periódicos americanos y europeos como *Excelsior*, *Indice Literario*, *Las Españas*, *Nueva Expresión*, *El Universal*, *Realidad*, *Europe*, etc.



Publica numerosos libros en los años siguientes, escritos desde las más variadas perspectivas. Es uno de los momentos más intensamente productivos del escritor vasco, libros de poesía, de narrativa e incluso de teatro: *Cantata en Alexandre* (1959), *El corazón en su sitio* (1959), *Penúltimas tentativas* (1960), *Rapsodia euskara* (1961), *Lo uno y lo otro* (1962) *Episodios Nacionales* (1962), *Mazorcas* (1962), *Versos de otoño* (1963), *El relevo* (1963), *Baladas y decires vascos* (1965) y *Los buenos negocios* (1965), entre otros. Como teórico y crítico literario, aparte de sus artículos, da a la luz *Exploración de la poesía* (1964), fundamental exploración «en vivo» de la poesía a través de tres modos poéticos, los de Herrera, Bécquer y San Juan de la Cruz.

Esta amplia labor literaria comenzó a ser objeto de especial atención tanto dentro como fuera de España. Llegan los premios internacionales citados, siendo el segundo escritor español -el primero lo había sido Jorge Guillén en 1959- que conseguía el Premio Internacional Etna-Taormina.

Resulta lógico pensar que una obra tan extensa dé cabida a numerosos cambios de ideología estética, aunque se mantuvieran ciertos principios fundamentales. A finales de los años sesenta, el modelo social-realista, que tanta proyección había tenido en nuestro país, comienza a perder importancia. Celaya empieza a andar diversos caminos estéticos y a investigar teóricamente nuevos modos poéticos. Libros, contradictorios entre sí a veces, como *Los espejos transparentes* (1968), *Cantata en Cuba* (1969), *Lírica de cámara* (1969), *Operaciones poéticas* (1971), *Campos semánticos* (1971) *Función de Uno, Equis, Ene (F. I.X.N.)* (1973), *La*

*higa de Arbigorriya* (1975), *Buenos días, buenas noches* (1976), *Iberia sumergida* (1978) lo ponen claramente de manifiesto. Por lo que respecta a su producción teórico y crítico literaria cabe afirmar que da ahora sus mejores frutos: *Gustavo Adolfo Bécquer* (1972) y sobre todo *Inquisición de la poesía* (1972), siendo éste un estudio teórico sobre el sentido, funcionamiento, formas y mecanismos del fenómeno poético, estudio propiciado por la necesidad de buscar nuevos caminos tras la pérdida de la eficacia de la poesía social. Por último, como narrador publica *Memorias inmemoriales*, una suerte de biografía «prototípica».

Finalmente, en los años más inmediatos a nosotros, Celaya, que es continuamente reeditado, publica *Penúltimos poemas* (1982), *Cantos y mitos* (1984) y *El mundo abierto* (1986), libros que configuran lo que ha llamado su poesía órfica. Asimismo, en 1990 apareció su último libro editado en vida, *Orígenes*. Desde la perspectiva de crítico, sobresalen sus *Reflexiones sobre mi poesía*, de 1987.

#### IV

La simple demostración de este plano-guía de la compleja producción literaria y teórico literaria de Gabriel Celaya puede servirnos para hacernos una idea de los méritos que concurrían, y concurren puesto que tal obra se mantiene viva y actuante, en nuestro escritor para recibir tan preciada distinción académica. Ahora bien, tal plano-guía necesita una coloración y ciertas pautas globales de interpretación que ayuden a cumplir con eficacia su doble misión, la de

reconocimiento público de méritos y la de orientación crítica.

En este sentido, ya más crítica que descriptivamente, deseo poner de manifiesto lo que sigue: Gabriel Celaya posee un desusado fondo filosófico que cala su producción poética y ensayística. Este fondo se alimenta de varias raíces filosóficas que dan como resultado un complejo y contradictorio pensamiento, raíces que en cualquier caso se nutren de un común humus de base antiautoritaria y liberadora. Citar los nombres de Hegel, Marx, Engels, Nietzsche, Heidegger y Sartre, entre otros, hace innecesario cualquier otro comentario. No obstante, a pesar de la obiedad, conviene precisar que cada una de estas raíces ha proporcionado su rica sustancia nutritiva en particulares momentos de la larga vida de nuestro poliédrico escritor, ejerciendo ocasional predominio, en una compacta y contradictoria coexistencia. En cualquier caso, escarbando en las mismas comprenderemos en parte la profunda actitud crítica del poeta, su temprana afiliación a la filosofía de la sospecha y el dialogismo y antiautoritarismo de su producción.

Esta obra, como se desprende de mi afirmación anterior, excede el ángulo de visión de ciertas miradas críticas lamentablemente tópicas. Me refiero a las de quienes sólo han visto en nuestro poeta y crítico al escritor social-realista, reduciendo chatamente la significación de su obra toda e incluso interpretando toscamente el sentido de esa importante etapa de su quehacer literario como la consecuencia de una coyuntural cesión del espacio poético al espacio de lo abiertamente ideológico y político. Hay dos hechos que sostienen cuanto

digo: el que haya concebido la poesía en sus aspectos fundamentales del mismo modo siempre y el que el prosaísmo, lejos de ser un vicio literario proveniente de ciertas urgencias contenidistas de su etapa social, se halle presente en su obra poética toda como recurso creador, como técnica de literaturización.

Con respecto a su concepción de la poesía, sólo voy a recordar con brevedad sus afirmaciones últimas al respecto, de 1987: Celaya expone que a lo largo de su vida entera ha perseguido alcanzar un estado de conciencia que le permitiera romper la cerrada conciencia del yo individual y conseguir otra más allá de la que normalmente nos gobierna, ofreciendo una tipología de esa conciencia no personal: la conciencia mágica, la conciencia colectiva y la conciencia cósmica. La primera viene a ser para Gabriel Celaya el inconsciente colectivo, la conciencia diacrónica de la humanidad que se manifiesta predominantemente en sus poemas de corte surrealista. La segunda, que se entrecruza con la anterior, es llamada conciencia sincrónica o conciencia colectiva de la humanidad, una conciencia también transindividual que implica la presencia de un lenguaje colectivo que, diciéndose a sí mismo, habla a través del poeta impersonalmente. Es este tipo el que, según expone el poeta y crítico, configura su poesía social. Finalmente, reflexiona sobre la conciencia cósmica, que ha presidido su momento creador último, la máxima expansión de la conciencia transindividual superadora del egocentrismo e incluso del geocentrismo humanista: es la conciencia abierta de la totalidad del ser.

A la luz de esta fundamentación filosófica de su existencia poética, que supone el empleo de una mirada dialéctica sobre el mundo al plantear el principio de unidad de los contrarios, esto es, el principio de la unidad de sujeto y objeto, se comprenderá mejor la lógica interna de su discurso creador, discurso que, ya en un ámbito más propiamente teórico literario, es concebido por Celaya como un discurso lingüístico fabricado con industria humana para explotar hasta el límite la fuerza natural del lenguaje y lograr la comunicación, siendo resultado de un específico modo de hablar en el que el poeta se expresa auténticamente y a través del cual se produce una mostración de lo real. En esta concepción básica radica la unidad de su poesía, aunque exista diversidad por lo que respecta a la función particular de sus libros y por lo que respecta a algunos mecanismos productivos de los mismos.

Tras esta apretadísima síntesis interpretativa de sus ideas poéticas básicas, sólo me cabe efectuar unas consideraciones últimas al respecto. Celaya rompe gradualmente en su poesía con la idea de sujeto trascendental. La formulación de esos tres grados de conciencia transindividual nos alerta de que el sujeto para él no es la categoría central. El sujeto individual es un medio, alcanzando su existencia plena en el ser, lo que conlleva la aceptación del carácter dado de la existencia humana. El sujeto mantiene así una relación con los demás y con el mundo material no accidental sino constitutiva de su existencia, lo que explicaría su permanente darse a los otros y su obsesivo deseo de procurar la comunicación. Desde esta perspectiva, además, debe considerarse que el ser humano se encuentra siempre constituido

por el tiempo o por la historia, así como por el lenguaje, lenguaje que llega a preexistir al sujeto y llega a servirle al ser humano para descubrir y contemplar la realidad, lo que explica su permanente idea de que la poesía es mostración de lo real. El lenguaje es la casa del ser. Los poetas y pensadores no son sino unos heideggerianos guardianes de esa casa. Por otra parte, si la categoría central es esa totalidad que auna lo humano, lo natural y lo cósmico, toda la perspectiva dualista dominante en la cultura occidental salta hecha pedazos en Celaya quien da nueva vida al viejo pensamiento griego.

Esta filosofía vital y creadora le lleva al poeta a pensarse a sí mismo como un medio, como un lugar de cruce del lenguaje en el que se muestra el ser. Asimismo le conduce a una exaltación del misterio del ser, del que no cabe una explicación racional y frente al que sólo se puede mantener una actitud contemplativa. Parece quedar claro que, en su filosófica y poética apertura de conciencia, Gabriel Celaya ha cambiado la categoría de la historia, que le llevaba a lo más concreto e inmediato, por la de tiempo, que le habría de llevar a palpase poéticamente su existencia que no es sino palpar poéticamente la totalidad del ser. Ahora bien, para ir de la totalidad a la nada no hay más que invertir la hoja de la dialéctica. Se presenta así, poderosa, la raíz nitzscheana de su pensamiento. Celaya, al igual que Nietzsche, da gran importancia a los factores irracionales de la experiencia y comparte con él una actitud de sospecha en relación con la civilización occidental y una actitud de duda ante toda verdad, coincidiendo en el principio de que la verdad es Ariadna. Esta raíz nos muestra bien a las claras el nihilismo radical en que entra nuestro poeta en determinados momen-

tos de su existencia, siendo a comienzos de los años setenta cuando estas posiciones dan los más llamativos resultados literarios. Nuestro escritor niega los valores propios de la sociedad y procede a una implacable devaluación de los ideales de la misma, lo que supone poner por encima de todos ellos la vida misma. Ahora bien, el viejo poeta nihilista, que da prioridad a los elementos irracionales, pretende dejar la nada pasándose a su otra cara, al todo, en su final poético órfico.

Termino ya. No creo equivocarme si lo hago reafirmando el carácter extraordinario y ejemplar de la obra de Celaya, trabajador incansable de la palabra, amante de la justicia social y de la paz, vasco universal, hombre lúcido y bueno cuya escandalosa risa cósmica estoy escuchando ahora. No creo equivocarme tampoco si, de acuerdo con otro crítico celayano, afirmo que si la poesía ha sido siempre para él un acto de conocimiento y de verdad es que Gabriel Celaya ha sido un poeta sabio y auténtico.

Si nosotros, como me dijo, hemos sido generosos con él, él lo ha sido todavía más con nosotros.

Gracias.

DISCURSO PRONUNCIADO EN NOMBRE DEL  
DOCTOR DON GABRIEL CELAYA  
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO  
DOCTOR HONORIS CAUSA

Excmo. Sr. Rector Magnífico,  
Ilmas. Autoridades,  
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada,  
Señoras y señores:

#### PRESENTACION

Hace mucho tiempo que Gabriel Celaya me envió un prólogo crítico con el que abrir una edición de *El buen humor de las musas*, de Salvador Jacinto Polo de Medina, que pensábamos hacer en Granada. Diversas circunstancias, entre las que cabría citar la buena edición que a los pocos meses apareció en Cátedra de una amplia selección de la obra del poeta murciano (Jacinto Polo de Medina, *Poesía / Hospital de incurables*, edición de Francisco J. Díez de Revenga, Madrid, Cátedra, 1987), en la que figuraba la poesía festiva y burlesca de *El buen humor de las musas*, desaconsejaron llevar hacia adelante nuestro proyecto editorial. El prólogo se ha mantenido inédito desde entonces.

Pues bien, ante la necesidad de cumplir con el ritual académico de incluir un discurso del nuevo doctor honorífico, dada la triste y obvia imposibilidad de que Gabriel Celaya

pueda hacerlo, hemos decidido dar a la luz dicho texto original e inédito por varias razones más. Una de ellas, porque al ser un trabajo crítico entra de lleno entre los intereses cognoscitivos del área de conocimiento, Teoría de la Literatura, por la que se propuso el nombramiento de doctor *honoris causa*. Otra razón más reside en que dicho trabajo crítico habla tanto de la inteligente y divertida poesía barroca como del propio comportamiento crítico de quien le ha dado forma, así como de sus gustos literarios. Creo que, con tales razones, huelga cualquier otro comentario.

Finalmente, como necesario complemento al texto del discurso, reproduzco el poema de Celaya «Homenaje a Polo de Medina», de *Entreacto*, de 1957 (en *Poesías Completas*, Madrid, Aguilar, 1969, pp. 587-589).

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

## HOMENAJE A POLO DE MEDINA

¡VERSOS van! Desembotello  
con espuma la alegría.  
Bailan las burlas y añaden  
al «¡agua va!» nuevos prismas.  
Las rosas son sólo rosas,  
más hay quien las nombra firmas  
de un notario emborllavientos  
que así riza la ironía.  
La llama junta sus alas  
y un carbón mínimo anima  
la confusión irisada  
de las locuras al día.  
El diamante, punto a punto,  
con claridad y geometría  
es implacable por bello  
y es «más, más luz» porque grita.  
Los poetas, por poetas,  
llaman al susto alegría.  
Toco la escala del iris  
cuando digo «Buenos días».  
Juego al juego. Llamo al libro  
que hojeo y no leo, brisa;  
cabello suelto, al hastío;  
genio, a Polo de Medina.  
Llamo a las aguas que corren  
«pies para qué» de la dicha,  
y a los vidrios en que rompen,

escándalo de alegría.  
Doy un mentís a los pinos  
-batallón de infantería-  
y otro al espejo en que todo  
se vuelve melancolía.  
El mundo real no existe  
y la belleza da risa.  
No cuento qué sacrificio  
a un par de versos que brillan,  
ni qué luna dando en hueso  
fósforos radiografía,  
ni qué júbilo entrechocan  
las dos alas de la prisa,  
ni qué, por ser todo y nada,  
me firma en blanco la vida.  
Si a las estatuas sin brazos  
ni movimiento, tan frías,  
se les quitaran los guantes  
largos y negros, veríais  
sus brazos resplandecientes,  
y el cuerpo no se vería.  
Todo está escrito al revés.  
Cuando da vueltas la espira,  
¿sube o baja? No se sabe,  
¡oh suspenso melodía!,  
delicia por la tangente,  
tobogán, verso, caricia.  
Pongo un punto -exclamación-  
con el ojo que delira,  
clava alarma con su exceso,  
se para como quien mira.

Solfa o luz desafinada,  
disparate de la dicha  
que se pinta ante un espejo  
los labios como quien rima,  
y quisiera parecerse,  
repitiéndose, a sí misma.  
Mapamundi de colores.  
Velocidad: todo gira.  
Aeroplanos irisados.  
Muchachas hechas sonrisa.  
Evidencias sorprendentes.  
Escopetazos de vida.  
Hoy curo mi trascendencia  
en tí, Polo de Medina.  
Tus poemas son cohetes;  
y tus metáforas, prisa.  
¡Fiesta, fiesta! El mundo es fiesta  
y disparo mi alegría.  
Versos, proa al alboroto.  
Rompeolas de la rima.  
Punto en la *i*. Luz que clama.  
Atlas de estrellas que gritan  
y voy nombrando, aunque nunca  
honradamente combinan.  
Les doy el alto. ¿Qué pasa?  
¡Oh explotación de la dicha!  
Lo real es mi locura;  
Lo lento, melancolía:  
y lo bello va y se esconde  
tras la esquina de una rima.  
Desenmascaro el misterio

con escándalo de vida.  
Barajo mis versos sueltos.  
Saco al azar la alegría.  
¡Fiesta, fiesta, todo es fiesta  
y diversión más que enigma!  
Como quien no dice nada,  
 nombro a Polo de Medina.

*EL BUEN HUMOR DE LAS MUSAS, DE POLO DE  
MEDINA*

Aunque hoy día sólo se recuerda a Salvador Jacinto Polo de Medina como un “clásico olvidado” o como una gloria local de su ciudad natal—Murcia—, y a título de tal se han publicado últimamente sus obras, en ediciones de difícil acceso, fue un autor popular, no sólo en su época, sino también en siglos posteriores. Es cierto que no siempre ha sido estimado por las mismas razones. En su tiempo, y cuando todavía él era joven, logró nombre por sus poesías festivas. Pero en 1657, cuando ya tenía 54 años, publica una obra de un carácter muy distinto —“Gobierno Moral a Lelio”— que consigue un éxito inmediato, se reedita al año siguiente, y resulta después muy del gusto del siglo XVIII. Pueden señalarse entonces no menos de ocho ediciones de dicho opúsculo: Tres en Valencia (1700, 1711, 1714) y cinco en Madrid (1722, 1726, 1755, 1772).

El siglo XIX, poco amigo de sabidurías moralizantes, da de lado esa obra y vuelve a recordar los epigramas y las fábulas burlescas de Polo de Medina, porque en sus divertidos

ataques al lenguaje artificial del culteranismo, a los recursos mitológicos y a las “zagalas hermosas” —“todo el día daca la zagala, toma la zagala, aquella zagala es otra zagala, y nadie conoce a esta zagala que tan perdidos lleva a los poetas”— encontraba sin duda en esas burlas un precedente de su repulsa a las pastorales galantes y al énfasis retórico del neoclasicismo.

Nuestro siglo, con ocasión del centenario de Góngora (1927), recuerda a ese poeta, tan anticulterano en apariencia, aunque empapado de culteranismo como vamos a ver, pero este recuerdo no prende, quizá porque no se publican sus obras más significativas sino otras, juveniles y sólo interesantes para un especialista, como “Academias del Jardín” y “Ocios de la Soledad”, además de la pálida imitación de Quevedo — y el propio autor confiesa que es tal— “Hospital de Incurables”, y del antes citado libro, patente imitación de Baltasar Gracián, “Gobierno Moral a Lelio”.

Nada de lo que acabo de decir quita para reconocer que el impresionable y un poco snob Polo de Medina tenía, además de ingenio, duende y personalidad. Pero es en sus poesías festivas donde burla burlando se manifiesta esto. Basta compararlas con las de su gran predecesor Baltasar del Alcázar, por no hablar de otros autores menores de los llamados jocosos, para advertir hasta qué punto su “gracia” es puramente poética y está más en las palabras que en lo que se dice con ellas, y en cómo cuando caricaturiza el lenguaje gongorino, se recrea en él, le da una nueva dimensión y lo convierte en algo así como un juego artificial de greguerías del siglo XVII.

José María de Cossío, máximo conocedor de la vida y la obra de Polo de Medina, protesta —esta es la palabra que emplea— contra el hecho de que siempre se haya prestado más atención a su poesía festiva que a su obra “seria”. Pero creo que no tiene razón. Y no sólo porque lo festivo es lo más característico de él, como Cossío reconoce, sino porque además, pese a las apariencias, es lo más profundamente representativo de su espíritu y del de su época. Recuérdese lo que fue esa “España alucinante y alucinada” que tan bien evoca Ortega y Gasset en “Papeles sobre Velázquez”, recogiendo curiosas noticias de ella. Es el momento del derrumbamiento español y de la consiguiente exaltación del ilusionismo mágico. El momento de Góngora y de Quevedo, el del Greco en su ápice y el de “Las Meninas”, el del Quijote y el del fantasmagórico teatro de Lope de Vega, el de la novela picaresca y también el de Saavedra Fajardo. La vida es sueño y el sueño es vida. O dicho sea con otro slogan de Calderón de la Barca: “Todo es verdad y es mentira”. Y así en la poesía de Polo de Medina todo es a la vez magia y juego: Juego de manos que parece un verdadero milagro y misterio poético tomado a risa.

Pero ¿quién es en este tremendo carnaval del Barroco, el personaje llamado Salvador Jacinto Polo de Medina? Poco sabemos. Nada en realidad de lo que fue de él entre sus 35 y sus 54 años. Pero tenemos noticia de que en su juventud fue muy dado a las bromas y los juegos de ingenio, y que tenía dotes de actor, como demostró en algunas representaciones teatrales que montaba para sus amigos nobles; y sabemos también que, pese a lo que antecede, era de temperamento equilibrado y poco aventurero. Podemos suponer por tanto



que su vida literaria y su vida de eclesiástico transcurrieron por cauces normales, sin peripecias pintorescas que, de existir, alguna huella hubieran dejado. Cabría decir por tanto, invirtiendo el modismo, que en Polo de Medina, por típicamente extrovertido y barroco, la procesión va por fuera, si procesión puede llamarse a un manso discurrir por la vida sólo animado por sus burlas literarias y sus juegos de veras. Y es curioso advertir en este sentido, cómo, cuando trata de imitar a Quevedo, en su “Hospital de Incurables”, el mordiente de nuestro gran satírico se vuelve en él puro e inofensivo garabateo de ingenio. Y cómo su “Gobierno Moral a Lelio”, más que moral, es arte de buen vivir, horaciana “mediócritas”. Así rezan algunos de sus títulos: “Discreta reportación”, “Subirás sin violencia”, “Más penoso es mandar que obedecer”, “Fortuna sin enemigos”, “Solamente es rico el que lo sabe ser”.

Nace nuestro poeta en Murcia el año 1603. Dice el acta de su bautismo en la parroquia de Santa Catalina de Murcia transcrita por Antonio J. González: “En quince días del mes de Agosto de mil seiscientos y tres años, bapcticé yo, el Beneficiado Roque Martínez, a Salvador Jacinto de Buena-ventura, hijo de Antonio Medina y de Juliana Apolo”. Como advertirá enseguida el lector un poco atento, Salvador Jacinto cambió el orden de sus apellidos, poniendo el de su madre –Apolo o Polo– delante del de su padre. ¿Por qué esto? No por consideraciones exóticas o eufónicas como las que le llevaron a Bécquer a prescindir del apellido de su padre (Domínguez) sino por razones prácticas. En efecto, aunque Juliana Apolo, su madre, figuraba como “pobre” en el libro de colecturía de la parroquia de Santa Catalina, su apellido

era muy ilustre. Micer Polo Usodemar fue el fundador de una familia principal de Murcia, emparentado con la no menos importante de los Fajardo y Sandoval, que fueron protectores de nuestro poeta y que corrieron sin duda con la educación que tuvo, y que a juzgar por las muestras que da desde muy joven, debió de ser, además de bien aprovechada, muy superior a la que podía esperar por su condición de hijo de “pobre”. “A don Alonso Antonio Sandoval Usodemar y Fajardo, Señor de la Villa de Alcantarilla y Rexidor perpetuo de la ciudad de Murcia” dedica Polo de Medina su “Gobierno Moral a Lelio”. Y en el Jardín de Espinardo, propiedad del marqués don Juan Fajardo, transcurren las reuniones literarias de que nos da noticia el poeta en el primer libro que publica, cuando tenía 27 años: “Academias del Jardín”, Madrid, 1630.

Las Academias literarias reales o ficticias estuvieron muy de moda en la España del Siglo de Oro. Tenemos noticias de algunas de estas reuniones literarias en las que los contertulios adoptaban sobrenombres ficticios, bien tomados de los escritores clásicos de la Antigüedad que admiraban, y quizá imitaban, o bien alusivos al personaje que representaban, pues verdaderos personajes teatrales transparecen en Clareciente, Ardoroso, Meridiano, Elementar, Melancólico, Glorioso o Despierto. En estas reuniones que se celebraban, no sin aparato de fiesta escénica y cortesana, y de acuerdo con reglamentos minuciosamente estatuidos, se leían versos serios o jocosos escritos para la ocasión sobre temas de encargo, en una especie de Certámenes literarios, y tras Panegíricos, Elogios y Alabanzas, Cédulas, Memoriales, Enigmas e Interrogatorios poéticos más o menos ingeniosos,

y dentro de las normas de esta especie de juego de sociedad, solía terminarse con la pieza fuerte: Un discurso en prosa o verso de carácter burlesco sobre un tema impuesto: El llamado Vejamen. Así se celebraron la Academia Imitatoria, la de los Humildes de Villamanta, la del Conde de Saldaña, la Selvaje, la Peregrina, etc. Y así probablemente se celebraron más o menos las reuniones literarias en la quinta de los marqueses de Espinardo, cerca de la ciudad de Murcia que dieron pretexto a Polo Medina para escribir sus “Academias del Jardín”.

Existe todo un género literario basado, bien en las Academias que realmente se celebraban, y cuyos textos se han conservado en ocasiones, bien en Academias que, según ese modelo, imaginaban algunos autores, y que les servían de pretexto o hilo argumental para ensartar una serie de ingeniosidades, versos y pláticas. A este último género pertenecen, aunque no seguramente sin vinculaciones con la realidad, el conocido “Cigarrales de Toledo” de Tirso de Molina, además de “Academias Morales de las Musas” de Antonio Enríquez Gómez, “Huerta de Valencia” y “Las Harpías de Madrid” de Castillo Solórzano, “La dama beata” de José Camerino, “La Peregrinación sabia”, la “Academia de la Casa del placer honesto” y “El sutil cordobés Pedro de Urdemalas” de Salas Barbadillo, etc.

Las “Academias del Jardín” de Polo de Medina, como “La Arcadia” de Lope de Vega, que hace referencia a las reuniones del Duque de Alba, no son ni enteramente ficticias, ni enteramente reales. Todavía hoy subsiste como “Casa de los Ingenios Murcianos” el antiguo Palacio de los Marqueses de

Espinardo, y, por artificioso que sea el montaje de la obra de Polo de Medina, e idealizada su descripción del lugar, no hay duda de que existió el Jardín de Espinardo, “Estado dichoso de su ilustrísimo marqués don Juan Fajardo”, que tan circunstanciadamente describe nuestro poeta, con sus calles bordeadas de naranjos, cuadros de flores, cenadores y estatuas, además del Palacio con sus doce puertas “coronadas de galerías y balcones”, sus “doce espejos de cristal muy fino que de la medida de las puertas las corresponden en la pared de enfrente, sumando en lo brillante de las lunas la grandeza del jardín”, sus cuadros, minuciosamente descritos, y sus salas, “estrado de las Musas y Consejo Real de Apolo”.

También parece cierto que, no sólo Anfriso, el muchacho cuyas penas de amor tratan de distraer sus amigos con fiestas y juegos, y al que se ha podido identificar como don Francisco Milán, y “Jacinto”—es decir, el propio autor—, sino también los otros seis personajes que intervienen en la obra, ocultan a personas reales de noble condición y aficionadas a la literatura, cuyos versos transcribe Polo de Medina especificando de quién son y distinguiéndolos desde luego de los que atribuye a Jacinto, es decir, de los suyos. No es por tanto aventurado suponer que nuestro poeta, a pesar de ser de origen humilde, alternó con la aristocracia murciana, bien fuera por el favor de sus parientes nobles, que nunca le faltó, bien por su condición de hombre ingenioso y animador de las reuniones de sociedad. Pero su situación quizá no fuera siempre cómoda y a ello parecen aludir algunos personajes de las “Academias del Jardín”.

En la “Academia Cuarta”, por ejemplo, apela a su talento de escritor y a su buen trato como prueba de que su origen es noble, y quizá para justificar que no está allí como un bufón. Pues en su propio caso piensa sin duda cuando pone en boca de don Luis estas palabras: “¿Para qué averigua nadie, para dar un premio, la antigüedad del valor, lo puro de una sangre hidalga, sino la nobleza de una lengua? ¿Puede haber más honrosa pesquisa de un nacimiento ilustre como los buenos respetos de un hablar comedido? ¿Hay por dónde más se pueda rastrear una nobleza que con los estragos de la fortuna se perdió? ¿Hay archivo que más conserve una lustrosa ejecutoria que está ajada de los desdenes de los hados? Por donde lucen más las brasas de oro de un generoso principio que, aunque cubiertas de un infeliz agravio de las estrellas, en vano las quisieron sepultar las cenizas del olvido; pues si el tiempo las intentó apagar con la pobreza (muerte del más noble merecimiento), al fin, como pedernales de oro, responden con lucientes centellas, con honrosas palabras, al golpe más licencioso. Pues si éste es el blasón más brillante, sin cuya luz no hacen buen viso las demás virtudes, ¿para qué se informa alguno de los antecesores del otro? ¿Ni para qué mendiga un hombre los honores que supieron merecerse sus pasados si puede él ejecutoriarse de su boca, y ser testigo de su misma causa con un yo hablo bien, en mí vive seguro el honor de todos, un yo soy cortés?”.

La apelación a sus orígenes de hombre noble, aunque hoy no lo parezca por venido a menos, pero testimonia para quien sepa entender por su educación y su trato —que bastan para demostrar quién es él— se hallan patentes en estas frases. Pero aún insiste más sobre su circunstancia. Y más adelante,

en esta misma “Academia Cuarta”, se lamenta, siempre pensando en sí mismo, de que los talentos con vocación puedan frustrarse por falta de medios económicos: “Oh, lo que maltrata la pobreza las honradas intenciones”. E invoca la ayuda de los poderosos, la de sus propios protectores, para los que está escribiendo, con el conocido cebo de que nada acreditará tanto su nobleza como su ayuda a los ingenios. Es la típica situación del mecenazgo, en el momento en que esa institución empieza a decaer y un Lope, por ejemplo, empieza a buscar el apoyo económico del público necio pero que paga, aunque la verdad es que a Polo de Medina, pese a sus constantes quejas, nunca le faltó la ayuda de sus protectores. Refiriéndose a ello, dice por boca de Anfriso —don Francisco de Milán, su protector precisamente—, lo que él pensaba o, más bien, lo que nuestro poeta quería que Anfriso pensara: “¡Oh castigo del siglo nuestro! que se endurezca el poderoso a las voces de una habilidad (desdichada por habilidad) que necesita de su poder, y no la quiera valer su avaricia. ¿Qué hace un señor que no se alarga a favorecer a los que hizo la naturaleza dignos? ¿Puede para ejercitarse la misericordia probar con más dulzura que con una habilidad pobre? ¿Hay reclamo que atraiga más, puede estar más de ocasión la piedad de un socorro, como en la virtud de un ingenio, en lo ingenioso de una voz y otras liberalidades de la naturaleza? Y pues no puede un noble (por la parte del alma) ejercitar acción más lúcida, porque los huyen en el favor, a los que sin su generosidad no pueden obrar generosos intentos, amedrentados con su pobreza, desaliento bien grande al más bizarro ánimo y desmayo al más erguido ingenio ¿qué ánimo tendrá el que no ve socorrida su habilidad, su voz, su ingenio? ¿Qué vuelo tomará una pluma cuando sin esperan-

za quiere caminar los aires?” –Y después, con la oferta de inmortalidad que ha sido siempre, en tiempos de mecenazgo, el chantaje de los poetas pobres: “porque si bien lo atendemos, ¿quién podrá alargar la noticia de un apellido a las más retiradas provincias como un papel (que si bien tierna las mina) sabe perpetuarse, inmortal castigo a las posteridades?”.

¿Qué carrera podía seguir en aquel tiempo un hombre en la situación de Polo de Medina? Evidentemente, la de eclesiástico. Y con este disfraz, y el de poeta, entra en la vida. Y ambos disfraces, dicha sea la verdad, lleva bien, porque ni su desenfadada alegría dio nunca en escandalosa, ni su falta de devoción religiosa se hizo de notar, aunque nunca escribió ni un sólo poema sobre temas que parecían propios de su estado. Verdad es que tampoco los escribió amorosos como otros clérigos de la época hicieron. La literatura por la literatura era su gran juego y su pasión. Y como una Academia representada vivió sus mejores, o por lo menos, más lucientes y conocidos momentos, sin exaltaciones ni desgarramientos patéticos, siempre jugando, sólo jugando, pero guardando también la ropa y caminando por la vida con una calculada prudencia que fue granjeándole consideraciones y altos puestos. Porque, al margen de lo que a nuestros ojos pudiera parecer hipocresía, poca diferencia había para un poeta barroco entre la máscara y el rostro, y no es casual que Polo de Medina fuera un buen actor, ni que él mismo hable de los elogios que hacían sus amigos a su talento de comediante, como si no hablara de sí mismo, lo que no hubiera sido de muy buen gusto, sino de un segundo o tercer personaje –el Jacinto de sus “Academias”– desvinculado de

la realidad inmediata y como perdido en un juego de espejos. Porque –recordemos– “todo es verdad y es mentira”, la vida es sueño, y el sueño, vida; la representación, real, y la existencia, magia.

Entre los 27 y los 34 años del poeta se publican en Madrid, “Academias del Jardín” (1630), “Fábula de Apolo y Dafne” (1634), “Fábula de Pan y Siringa”, que, añadida a la anterior, se publica en 1636, junto con “Las tres diosas” de Gabriel del Corral, “El Buen Humor de las Musas” (1637); y en Murcia: “Ocios de la Soledad” (1633) y “Hospital de Incurables” (1636). Es como se ve el período de máxima actividad de Polo de Medina, que por esta época debió visitar Madrid una o más veces, pues en la capital hay que suponerle cuando publica “Academias del Jardín”, pero en Murcia estaba en 1632 según consta por un documento de libranza existente en el Archivo del Ayuntamiento de Murcia, y a Madrid parece probable que debió volver más tarde, a juzgar por indicios más que por pruebas.

Las aprobaciones y los elogios que preceden el texto de “El Buen Humor de las Musas” (1637) van suscritas por Lope de Vega y por sus adictos: José de Valdivielso, López de Zárate, Peres de Montalván, Salas Barbadillo, Solís y otros escritores de vanguardia –de la vanguardia de la época– en cuyo medio debió ser introducido Polo de Medina por el escritor murciano, residente en Madrid, Pedro de Castro y Anaya, autor de “Las Auroras de Diana”, que se publicó también con aprobación y elogio del mismo grupo de poetas de la Corte que hizo suyo a Polo de Medina: Lope de Vega y su incondicional Peres de Motalván, Calderón, Villazain, etc.

El anticulteranismo de Lope de Vega y de su grupo era manifiesto en aquella época pero a nuestro poeta le venía de muy atrás. Francisco de Cascales, humanista de gran autoridad, máxima figura intelectual de Murcia y maestro repetidamente reconocido por Polo de Medina, que le llamaba “nuestro gran Licurgo del Parnaso”, lanzó muchos ataques a Góngora en sus “Cartas Filológicas”, y aunque éstas sólo se publicaron en 1634, nuestro poeta debió escucharlos mucho antes, y de su propia boca. En sus primerizas y repetidamente citadas “Academias del Jardín”, las burlas y chistes a costa del lenguaje culto son constantes. Así nos cuenta que “un gran guisandero de vocablos”, “para mandarle a un criado que despabilase o limpiase una vela dijo: hola, alegrad esta vela. El paje, que debía ser bellaco sobre discreto, tomando una guitarra comenzó a bailar delante de la vela, diciendo que no sabía mejor modo de alegrarla”. Y poco más adelante, Polo de Medina se burla de los latinismos cultos poniendo en boca de Silverio otra anécdota: “Sé yo de un licenciado que escribía versos latinos a su dama, que diciéndole un día un labrador que su hacienda había menester labrarse dos veces, dijo: y esas dos veces son *simpliciter* necesarias, o *ad melium esse*? El labrador, pues, juzgando que era alguna injuria muy colérico le respondió: Vuestra merced mire cómo habla, que aquí no hay ningún hombre que sea simple, ni necesaria, que si no mirara que es clérigo de misa no se había de quedar esto desta manera”.

Pero si burlarse del lenguaje culterano era un tópico del momento y una fácil ocasión de chistes, algo más complejo acerca del sentir de Polo de Medina sobre la cuestión nos dice el que, después de leer su “Epitalamio a las felices bodas

de Anfriso y Filis”, que es el poema de más aliento de las “Academias del Jardín”, y que consta de más de tres centenares y medio de versos, un amigo —don Alvaro— los acuse de ser “cultos”. Contra lo que se defiende nuestro poeta—“no me infaméis con tan odioso nombre”—, recurriendo a la autoridad del licenciado Francisco de Cascales, y distinguiendo la oscuridad del lenguaje, que es lo que debe condenarse siempre, de “lo misterioso y retirado del concepto”, que no hay que repudiar aunque sea difícil de entender. Escribe así: “Lo que manda (el precepto) es que esto lo diga yo con palabras aprobadas por nuestro idioma y bien adjetivadas en el período; y si entonces no fuere entendido, enójese el lector con su mezquindad, y culpe los cortos pasos de su entender, que el docto, el bien mirado de ingenio, se deleitará con el reparo sutil de la sentencia y alabará la decencia de las palabras con que se dice, que hemos de guardar también el respeto a la materia que tratamos y ajustar las palabras a su gravedad”.

Pero algo más que esto del docto entender ciertas sutilezas que apuntan profundas doctrinas hay en realidad. El lenguaje culto —el lenguaje por el lenguaje, el gusto de las dicciones ricas, secretas y sorprendentes, las metáforas y las metamorfosis de lo que es y no es en un centelleo deslumbrante y casi incomprensible— ejerce un indudable atractivo sobre Polo de Medina. Así se desprende de las cédulas irónicas sobre los poetas cultos que lee como un juego, y quizá burlándose de sí mismo en la “Academia Primera”. Dice la 5ª de estas “cédulas”: “Esta cédula dice que han llegado a este lugar dos poetas religiosos que van convirtiendo a nuestra lengua católica poetas herejes y cultos. Vuesas mercedes les ayuden

con su limosna, y cumplirán con lo que mandan los cuadros de las ánimas del purgatorio: “Sácame de aquí, que mañana será por ti”. Y la cédula 6ª dice: “Cierta poeta que se ha convertido a su Dios, y dejando la mala secta culta en que vivía, pide por esta cédula que rueguen a Dios por él porque le conserve en su claridad y a Vuesas Mercedes no les deje caer en la tentación”.

¿No es evidente que Polo de Medina, pese a todos los preceptos que acataba, se siente por temperamento en peligro—en tentación—de escribir culto? Y que a tal tendía, y que si caricaturizaba el culteranismo, era como quien disimula su complacencia en un lenguaje que sus amigos y maestros—un Cascales, un Lope de Vega, un Quevedo—, aunque no siempre limpios de pecado, condenaban, es lo primero que se advierte en su poesía como en un juego de espejos cóncavos y convexos, barroco a más no poder. Esto es precisamente lo que diferencia su “gracia” de ciertas fáciles jocosidades, y lo que hace tan profundamente poéticas unas bromas que quizá no lo son. O mejor dicho, que sí lo son, pero a dos niveles distintos y en un perpetuo juego alternante. Quizá su época no lo entendió, como suele decirse que no entendió el Quijote, pero lo cierto es que sus versos festivos, máxima expresión de ese “sí es, no es” manierista, se reeditan muchas veces y hasta se publican en París, en 1661. Por algo sería.

¿Que ha sido entre tanto de nuestro autor, al que dejamos, seguramente en Madrid, en 1637? Sabemos que su madre, Juliana Apolo, muere en 1636, pero no tenemos noticia de que su hijo fuera a Murcia con esa ocasión. Su carrera

eclesiástica debía llevarle por otros derroteros, y en 1638 (35 años tiene entonces), en un poema dedicado a la memoria de su amigo Pérez de Montalván, se nos presenta como “secretario del Señor Obispo de Lugo”. Iba en ascenso sin duda.

En esta época, su nombre de poeta es conocido y sus versos festivos se siguen reeditando, pero nada sabemos de su vida durante muchos años. Hasta que en 1657 publica en Murcia, quizá ya de vuelta allí, una obra nueva en muchos aspectos: “Gobierno Moral a Lelio”. Entonces, el poeta jugueteón de ayer, el divertido animador de sorprendentes fiestas de sociedad, convertido ahora en docto y prudente consejero de jóvenes, no reniega de un pasado al que a fin de cuentas debe su nombre y gloria literaria, pero escribe en el prólogo de su nueva obra: “Lector. Las acciones de la juventud siempre son más vistosas que sustanciales. El árbol en las flores estudia el fruto. Esto digo por mis primeros años, que se divertieron en escribir algunos donaires; decente empleo fueron de entonces, que tengo por especie de locura el demasiado seso en la mocedad. Tiene cada edad su genio; llégasele su plazo a cada una, y ofrecerte estas veras es proporcionarle la ocupación a los años. No es ostentar las dos erudiciones, sino probar a si enmiendo lo que erré en la primera, o averiguar que las ignoro entre ambas. Sólo espero tu parecer, o para servirte más, o excusándome con lo otro las culpas de porfiado”.

Lo curioso es que, pese a todas las apariencias y todos los propósitos, Polo de Medina sigue siendo el mismo que siempre fue en este “Gobierno Moral a Lelio” de sus postri-

merías: Un hombre fundamentalmente interesado en el lenguaje, que más se preocupa del decir cuidado, recortado ahora, siempre sorprendente, relampagueante y un poco snob, que de la doctrina expuesta. De ahí su libro, novedoso en la forma, tópico en el fondo. Pues no buscaba otra cosa como se advertirá por estas palabras: “En hermosa lenidad de frases sean las voces, no las muchas, sino las significativas: ordénalas tan mañoso que siendo las usadas en todos, sean en ti singulares, no dejando descansar a la atención, empeñada en las novedades, socorridas todas de vigoroso espíritu; que se tiene por desvenerada la oración que, aunque suene dulce y corre premeditada, no está ordenada de sentencias. Grande primor si éstas tuviesen con la gala de breves la dicha de claras, en cuya fecundidad florida se diga más de lo que se dice; a la manera de quien mirando por breve resquicio ve dilatado campo”.

En 1664, se publica en Zaragoza –y es curioso cuántas veces se publican en esta ciudad libros suyos (¿residiría allí en los años de que no tenemos noticias suyos?) “Obras en prosa y verso”. Se trata en realidad de sus Obras Completas o por lo menos de todas las que conocemos, salvo “Ocios de la Soledad”: Es decir: “Academias del Jardín”, “El Buen Humor de las Musas”, sus dos primeras fábulas burlescas, “Hospital de Incurables” y “Gobierno Moral a Lelio”.

Un año después, en 1665, a los 62 de su edad, Polo de Medina, autor ilustre y eclesiástico de rango, aparece en Murcia como presbítero y Rector del Seminario de San Fulgencio –donde debió de estudiar de joven– otorgando una escritura en la que constituye una pía memoria de misas

sobre la instituida en 1606 por su tía Doña Catalina Polo, en la Parroquia de Santa Catalina, ya que ésta última se hallaba entonces exhausta.

Después, silencio otra vez. Hasta que el 17 de Diciembre de 1676, un día antes de su muerte, y encontrándose ya sin duda muy gravemente enfermo, otorga testamento en la villa de Alcantarilla, en favor de su criado y deudo Ginés de Medina. Deja el poeta su modesta casa vecina al Hospital, su retrato y algunos muebles que se hallaban, además de los de su casa, en el cuarto rectoral del Seminario de San Fulgencio. Hay partidas de su inhumación, según Antonio J. González, en el libro correspondiente de la parroquia de Santa Catalina, en el de la Hermandad de Clérigos de San Ildefonso, de la cual era cofrade, y en el de sepelios de la parroquia de Santa María, de la cual era feligrés.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



000329638

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA